



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

**Agora**  
DE PAPEL

**El Porvenir**  
**Cultural**

MONTERREY, N.L. DOMINGO 25 DE SEPTIEMBRE DE 2016

Olga de León / Carlos Alejandro

# Personajes ilusos: campeones de vicisitudes

UNA HORMIGA A LA SOMBRA  
OLGA DE LEÓN

Del centro de la nada, en medio del gran desierto que es la tierra cuando las almas no se comunican, un día salió una hormiga escarlata que andaba lejos de su hábitat. La primera preocupación de la hormiguita roja fue: ¿cómo regreso a casa? Y, enseguida se preguntó: ¿estarán bien todas mis hermanas, quedarían a buen resguardo del ventarrón que nos cayó, mi familia y nuestras cuevas?

Para donde volteaba, nada descubría; todo era solo arena bajo sus patitas y un candente sol encima de su cabeza; ¡ni una nube a la vista!, exclamó. Cómo quisiera encontrar una sombrita dónde parar un rato -pensaba-, para descansar de esta opresión que me ahoga.

Intentó andar por debajo de la arena, pero entonces no distinguía si caminaba hacia adelante, atrás o para algún lado: parecía que no avanzaba, solo retrocedía. En una de esas, cuando asoma su pequeña testa, vislumbra no muy lejos que una sombrita cubría una pequeña porción del arenoso suelo y se apresura a llegar hasta allí. Lo logra, o eso creyó la hormiguita, pues resulta que para cuando estuvo bajo la sombra, esta se mueve tan rápido que a nuestra amiga no sabe qué hacer: intentar de nuevo alcanzar la sombrita, o volver a enterarse, a ver si ahora encuentra algún túnel de arena húmeda por donde pueda caminar sin que la asfixie el calor y el cansancio.

Ni tres minutos transcurrieron, cuando otro fuerte ventarrón la saca de la arena y envolviéndola entre sus brazos se la lleva con él, a otro lado. Fue así como llegó, sin el menor esfuerzo, a la casa de sus hermanas y su familia, quienes entre todos estaban ya terminando de ponerla en orden y nuevamente habitable.

Y, colorín colorado, la hormiguita de este cuento fue feliz, al resguardo de su propia vivienda, rodeada de las demás hormiguitas escarlatas; cada una ocupada en lo que suelen estarlo las hormigas trabajadoras, cooperativas y muy productivas: limpiando el entorno, recogiendo las migajitas que otros tiran y...previniendo los tiempos malos!

EL ELEFANTITO QUE  
QUERÍA SER AVIÓN  
OLGA DE LEÓN

En una hermosa selva, donde de todo había, árboles enormes, helechos y arbustos, animales grandes y pequeños, unos más ágiles y raudos para correr sobre la tierra, otros para volar por entre las ramas de los árboles o cercanos a las nubes y el cielo y algunos trepadores sonrientes, o reptiles que resbalaban por los troncos o se arrastraban entre vegetación y tierra, cierto día y sin más aviso que el retumbar del suelo bajo las patas de todos los animales, llegó hasta ella un elefante hermoso.

El elefantito se sintió como en casa, aunque provenía de un hábitat un poco distinto, acá no había ciénaga ni muchos arroyos, pero sí algunos ríos más



o menos caudalosos. Hallándose sin otro de su especie, empezó a observar todo cuando lo rodeaba, lo que estaba más o menos a su altura, debajo de él y por encima de su cabeza. Un día que en esa auscultación se hallaba, vio pasar un avión que no volaba muy alto, y al instante se imaginó haciendo lo mismo: volando no lejos de la copa de los árboles, pero también casi rozando las nubes del cielo.

Tras esa idea o ensoñación, se dijo: ¡por qué, no! Quizá, si practico todos los días, lanzándome desde lo alto de los cerros y montes, un día podré volar. Así fue como cada mañana, desde antes de que despuntara el sol, el elefantito se encaminaba hacia algún cerro cercano y trataba de lanzarse pensando que, con sus cuatro patas apuntando hacia atrás y las orejas sacudiéndolas cual papalote, podría impulsar su cuerpo un poco hacia abajo y luego con un movimiento de cabeza y de patas yendo en la dirección del viento, lograría tomar altura.

Lo único que logró fue acabar siempre en el suelo, unas veces de lado, otras sentado y algunas de bruceas, hasta que tras tanta práctica y tenacidad del elefantito, el color de su piel que era gris acabó por transformarse en azul medio lila, medio amoratado. Y a partir del día en que regresó a la selva con su arrugado cuero cambiado de color, fue que se le

conoció como: el elefante azul que un día quiso volar.

Sangre Chicana  
Carlos Alejandro

Su padre solía llevarlo los domingos a la Arena Coliseo en Avenida Colón: veían luchar a los gladiadores entonces de moda: Máscara Sagrada, Rayo de Jalisco, Fray Tormenta, Mano Negra, y el mayor de sus héroes: Sangre Chicana. Después de la lucha, compraban una torta y el ejemplar más reciente de la revista Colosos.

Entre semana, por las tardes y luego de regresar de la escuela y dejar pendiente la tarea, Bruno practicaba las llaves de lucha con los niños pequeños que encontraba en la cuadra: "La Cruzada", "La Tacolpeña", y "El Candado Dragón", y las madres de aquellos infantes se quejaban con la de Bruno cuando veían a sus propios hijos bañados en lágrimas, con los pantalones manchados de tierra y con el zacate contra el que eran azotados, embarrado entre sus cabellos.

Más grande, Bruno dejó el bachillerato y quiso dar salida a su furia tocando la batería en un grupo de Trash Metal, intentando imitar el sonido de bandas como Slayer, Megadeth y Anacrusis, pero le costaba trabajo mantener estable el tiempo musical y tambo-

rilear a la velocidad correcta. Lo sacaron del conjunto.

Entonces, su padre lo puso a trabajar en la fábrica, manejando tornos. Los domingos era el único día que descansaba. A las cinco de la tarde, luego de ver la lucha libre por televisión, acudía a la tienda a comprar cervezas, carne y carbón, y si en el camino encontraba a alguno de los niños que durante la infancia había maltratado, lo invitaba a casa de sus padres a comer de su carne asada.

Al cabo de unos años se cansó del ritmo de trabajo y de la poca paga. Bruno decidió viajar en busca de fortuna al país donde había nacido: a los Estados Unidos. Y dejó crecer su cabello hasta la cintura y luego se volvió adicto a la cocaína. Ya trabajaba como obrero de la construcción cuando conoció a su primera novia, también dependiente de los fármacos y con varios tatuajes de dragones en el cuerpo.

Habían transcurrido cinco años de su estadia en Norteamérica cuando, un día, al empotrar el gabinete de una cocina café, de cuatro puertas, en la pared y no quedar bien asegurada, se le vino encima.

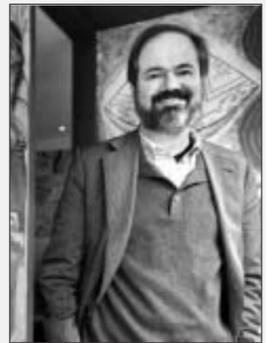
Bruno murió instantáneamente por el golpe en la cabeza. Un golpe que no vio venir pero que llegó como patada voladora desde la tercera cuerda. Su sangre chicana inundó el mosaico blanco de la casa en construcción.

EL BURRO Y EL "QUÉ DIRÁN"  
OLGA DE LEÓN

Iba un burro cargado de enseres al lado de sus lomos y encima de él, la mujer del campesino. Cuando pasan cerca de algunos ciudadanos que vieron cuán cargado iba el animal, alcanzaron a escucharlos decir: -pobre burro, que mujer más aprovechada. Al instante, la mujer pide al marido que detenga al burro y la ayude a bajar. Más adelante, fue él quien decidió, estando ya cansado de caminar tanto, ir sobre el burro. Pronto hallaron quien al verlos, exclamara: -¡que arrastrado, en lugar de llevar a la mujer sobre el burro, va él, y además lleva al pobre animal cargado de cosas. Se bajó apenado y solo puso encima lo que llevaba en las manos su mujer. Pero, he aquí que cuando pasan por otro pueblo, escuchan a la gente decir; ¡pobre burro!, no le echan una cobija o algo más encima, porque ya no tienen con qué cargarlo. Entonces ambos se miraron y pensaron lo mismo: cargaron en sus manos, espalda, hombros y cabeza, todo cuanto el burro llevaba encima y a los costados. Y así, siguieron caminando detrás de él.

En menos que canta un gallo, otros que vieron aquella escena, soltaron la carcajada y, moviendo la cabeza, dijeron a voz en cuello: ¡indígenas y tontos tenían que ser!, mira que ellos ir a pie y cargando todo como burros, cuando el que nació para cargar lo que sea, es la bestia; nada más falta que al rato los veamos por ahí, cargando ellos también al burro!

El "qué dirán" sufre cuando piensa que quizás un día dejarán de existir los ilusos. Luego ríe a pierna suelta, una voz le ha susurrado: tal día, ¡jamás llegará!



Juan Villoro

Ganador del premio el Heralde de Novela en 2004, por "El testigo", el escritor, narrador y cronista mexicano Juan Villoro nació el 24 de septiembre de 1956, hijo del reconocido filósofo Luis Villoro.

De niño gozó de una vida cómoda y se vio influenciado por su padre, con el tiempo y con los estudios llegó a formar sus propios análisis sobre el concepto de la sociedad y de la vida.

Villoro se inclinó por estudiar Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana, para luego adentrarse en la narrativa literaria, formando parte del taller de cuento impartido por el célebre escritor Augusto Monterroso (1921-2003).

El escritor fue productor y conductor del programa "El Lado Oscuro de la Luna" en Radio Educación; se desempeñó como secretario de la coordinación editorial de NOTIMEX; y ocupó el cargo de director de la Jornada semanal.

Trabajó como docente en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) e impartió talleres de creación en el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), trabajo que le llevó a dictar cátedra en universidades de Madrid, Barcelona y Yale.

El también cronista fue jefe de redacción en las revistas "Proceso" y "Pauta", y colaboró con otras como "Cambio", "Gaceta del Fondo de Cultura Económica", "La Orquesta", "La Palabra", "Vuelta" y "Nexos", entre otras.

Ha ganado becas como la del INBA en el área de narrativa (1976-1977); del Sistema Nacional de Creadores Artísticos (1994-1996) y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca) en cuento (1992).

En 1991 publicó su primera novela titulada "El disparo de argón", además que se ha desempeñado como traductor literario, ámbito en el que se cuenta entre sus logros las novelas "Memorias de un antisemita", de Gregor Von Rezzori (1914-1998), y "Un árbol de noche", de Truman Capote (1924-1984).

Su libro "El profesor Zipper y la fabulosa guitarra eléctrica" apareció en la Lista de Honor 1993 del IBBY, con sede en Suiza, como el mejor libro para niños publicado en México.

Villoro ha incursionado en distintos géneros de la literatura, como la novela, cuento, literatura infantil y juvenil, teatro, ensayo, crónica y periodismo literario.

Es autor reconocido de obras como "Materia despues-ta" (1997); "Los culpables" (2007); "El taxi de los peluches" (2008); "Roberto Bolaño: la escritura como taurromaquia" (2002); "Vida y muerte de Diego Armando Maradona" (2012) y "Conferencia sobre la lluvia" (2013).

Oscar G. Baqueiro

## Churubusco

maron ellos más tarde.

Aunque perdimos la batalla, el héroe de ella fue el Gral. Pedro Ma. Anaya, hidalguense (1794-1854) a quien se levantó, más tarde, un monumento de 7 metros de altura, cerca del lugar preciso del combate. En los años 30 del siglo XX, se filmó una película de corte histórico en la que Miguel Inclán, gran actor nacional, encarnó al emblemático Gral. Anaya.

Ocupó la Sra. De Guerra y Marina (Dc.24 de 1832-En. de 1839) y fue Presidente de la República en forma muy breve e interina: antes del combate, abril 27 al 20 de mayo de 1847 y después de la

referida batalla, del 13 de noviembre del mismo 1847 al 8 de enero de 1848, época de gran inestabilidad política en nuestro país y todavía sobrevivió hasta la edad de 60 años.

Anaya era un militar de carrera, había graduado del Colegio Militar, en la Cd. de México y sus incursiones al campo político fueron secundarias, pero cumplidas con fervor patriótico. En una u otra forma, ha quedado como prototipo de una vida realizada en su momento y circunstancias únicas, en la mejor manera posible para sí mismo y para el terruño amado.



ad pēdem literæ

Hay que evitar el combate en lugar de vencer en él. Hay triunfos que empobrecen al vencedor, pero no enriquecen al vencedor.

Juan Zorrilla de San Martín

letras de  
buen humor

Al progreso no hay quien lo pare. Dios creó el mundo en seis días. ¿Y que tenemos hoy? La semana de cinco días.

Peter Alexander Ustinov